

lo hace ella sino cuando la molestan y provocan á ello: como por fuerza, y provocada con injuria viene á hacer eso; así Dios, cuando viene á castigar y condenar, es como por fuerza, provocado y como compelido de nuestros pecados; y aun entonces cuando muy provocado y como compelido viene á castigar, declara bien su misericordia en el dolor y sentimiento que muestra, como se ve en muchos lugares de la Escritura. Cuando creciendo la maldad en los hombres quiso Dios enviar el diluvio, dice el Texto: *Et tactus dolore cordis intrinsecus: Delebo, inquit, hominem, quem creavi, à facie terræ.* Genes. c. VI, v. 6. Parece que le llegaba al corazón haber de asolar al mundo. Y cuando anunció la ruina de Jerusalén, dice el sagrado Evangelio que lloró Cristo nuestro Redentor: *Videns civitatem, flevit super illam.* Luc. XIX, v. 11. Y por Isaías, I, v. 24, dice: *Heu, consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis!* ¡Ay que me tengo de vengar de mis enemigos! Como el juez, que ni puede dejar de firmar la sentencia de muerte; pero firmala con lágrimas. Y no solo en esto, sino en el mismo castigo y juicio con que Dios nos amenaza y nos quiere poner temor, se echa bien de ver su amor y misericordia infinita, y el deseo grande que tiene de nuestra salvación. San Juan Crisóstomo nota esto muy bien sobre aquello del real Profeta, Psalm. VII, v. 13: *Nisi conversi fueritis, arcum suum tetendit*

et paravit illum. Et in eo paravit vasa mortis, sagittas suas ardentibus effecit: Clemencia y piedad grande es del Señor, dice el Santo, amenazarnos con arco, y espantarnos y exagerar con palabras el castigo para que no vengamos á caer en él. Hase, dice, Dios con nosotros, á la manera que se suelen haber acá los padres que aman mucho á sus hijos, que muestran su enojo con palabras encarecidas, y dicen que harán y acontecerán, para que el hijo tema y se enmiende con aquello, y no sea menester venir al castigo. Y mas, que la espada hiere de cerca; pero el arco y la ballesta hieren de lejos; y para herir con la espada no es menester sino echar mano y dar el golpe; pero para herir con el arco, es menester armarle primero, y sacar las saetas de la aljaba, y ponerlas en él, y al armar y desarmar hace ruido; y por eso nos amenaza el Señor con arco, para que tengamos tiempo de huir el castigo y librarnos de él, conforme á aquello del Profeta, Psalm. LIX, v. 6 et 7: *Dedisti metuentibus te significationem, ut fugiant à facie arcus, ut liberentur dilecti tui.* Y para destruir el mundo con el diluvio dió el pregon cien años antes, para que se recogiesen los hombres, como quien quiere soltar el toro. Todo es amor y deseo de no castigar, si pudiese ser. Y en la homilía diez y siete sobre el Génesis, tratando de cómo Dios castigó á la serpiente, porque habia engañado á Eva, dice el mismo Santo: Mirad

la misericordia grande de Dios, que así como acá un padre que ama mucho á su hijo no se contenta con castigar al que le mató, sino toma la espada ó lanza con que le mató, y quiébrala y hácela mil pedazos; así hace Dios nuestro Señor con la serpiente, que fue como la espada y el instrumento de la malicia del demonio, condenándola á pena perpétua. Que no quiere Dios la muerte del pecador, ni se huelga con la perdición de los hombres, que si eso fuera, harta ocasión le habeis dado; porque si os hubiérais muerto cuando vos sabeis, ya estuviérais en el infierno muchos años há, y no quiso aquella bondad y misericordia infinita dar licencia á la muerte ni al demonio para que os llevase allá: *Numquid voluntatis meæ est mors impij, dicit Dominus Deus: et non ut convertatur à viis suis, et vivat?* Dice Dios por el profeta Ezequiel, XVIII, v. 23, que no quiere él que os condeneis, que le costásteis muy caro; y su sangre y vida le costásteis, y así no querría que se perdiese tan caro precio, sino que todos se convirtiesen y salvarsen, como dice el apóstol san Pablo: *Qui omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.* I ad Tim. II, v. 4. De todas estas y otras semejantes consideraciones, de que tenemos llena la sagrada Escritura y los Santos, nos habemos de ayudar para confiar mucho en la misericordia de Dios, y especialmente de lo que ahora tratamos, que es

acogernos á la pasión y méritos de Jesucristo.

CAPÍTULO VIII.

De la imitacion de Cristo que habemos de sacar de la meditacion de sus misterios.

Lo séptimo que habemos de sacar de la meditacion y oracion de la pasión, y en que nos habemos de ejercitar en ella, es imitacion de las virtudes que allí resplandecen en Cristo. Dos son las causas principales, dicen los Santos (Basil. in const. monast. c. 2), para que el Hijo de Dios vino al mundo, haciéndose hombre, y obrando estos sacratísimos misterios. La primera y principal fue para redimir al hombre con su muerte y pasión. La segunda, para dar á los hombres ejemplo perfectísimo de todas las virtudes, y persuadirles con él que le imitasen y siguiesen en ellas. Y por eso habiendo hecho en la última cena aquella obra de tan profundísima humildad, como fue hincarse de rodillas delante de sus discípulos, y lavarles los piés con sus divinas manos, les dijo luego: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.* Joan. XIII, v. 15. Heos dado ejemplo, para que hagais de la manera que yo he hecho. Y lo que entonces avisó de aquella obra, quiso que entendiésemos de todas las demás, como lo significó el apóstol

san Pedro en su primera Canónica, donde hablando de la pasión del Señor, dice: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus*. I Petr. c. II, v. 21. Cristo padeció por nosotros; dejándonos ejemplo para que sigais sus pisadas. Y así dice el bienaventurado san Agustín, oratione 119 in Joan.: *Cruz Christi non solum est lectulum morientis, sed et cathedra docentis*: La cruz no solo es la cama en que muere Cristo nuestro Redentor, sino es también cátedra de la cual nos está enseñando con su ejemplo lo que habemos de hacer é imitar. Y aunque toda la vida de Cristo fue un perfectísimo ejemplo y dechado de virtud, pero en su pasión parece que quiso recopilar lo que en toda su vida por palabra y ejemplo nos había enseñado, haciendo que resplandeciesen en ella en sumo grado todas las virtudes. Y así habemos de procurar sacar de la consideración de estos misterios afectos de imitación de las virtudes de Cristo, considerando y ponderando de espacio y con atención cada virtud de por sí, y sacando de allí en la voluntad una afición y deseo grande de ella, y una determinación y propósito eficaz de ejercitar y poner por obra sus actos y operaciones, y un odio y aborrecimiento grande del vicio contrario. Como considerando la humildad de Cristo, que siendo Dios se abajó tanto, y se ofreció de voluntad á los desprecios y afrentas de

los hombres, y á tales afrentas se ha de estar el hombre allí despreciando á sí mismo, teniéndose por cosa pequeña y vil; y estar deseando de corazón que no le honren, ni le estimen, ni le den ventaja sobre los otros, y estar proponiendo que si le sucediesen algunas afrentas y desprecios de los hombres, los sufriría de buena gana, y se holgaría que se le ofreciesen por imitar y parecer en algo á Cristo nuestro Señor. Y de la misma manera, considerando la paciencia de Cristo, ha de estar allí proponiendo con la voluntad de sufrir y aceptar de buena gana cualesquiera cosas adversas que le sucedieren, y desear que se le ofrezcan, y que Dios le envíe trabajos y penas en esta vida, por imitar á Cristo nuestro Señor. *Nolo Domine sine vulnere vivere, quia te video vulneratum*, decía san Buenaventura. No quiero, Señor, vivir sin llagas y dolores, pues os veo á Vos tan lleno de ellas. De esta manera habemos de ir discurrendo por todas las demás virtudes, por la obediencia, por la caridad, por la mansedumbre, por la castidad, por la pobreza, por la abstinencia; pues todas resplandecen allí, ejercitándonos en deseos de imitar á Cristo en todas ellas.

Y se ha de advertir aquí, y lo tomamos también arriba, trat. 3, c. 27, que en cada virtud habemos de descender á los casos particulares que se nos pueden ofrecer, aceptándolos y holgándonos con ellos

por amor de Dios. Porque eso es lo que aprovecha más que las generalidades, y lo que habemos más menester. Como si tratáis de la virtud de la humildad, habéis de descender á imaginar los casos particulares que se suelen ó pueden ofrecer de vuestro desprecio y desestima. Primero los más fáciles, y después otros más dificultosos, que os parece que sentiríais más si se os ofreciesen, y os habéis de estar allí actuando y holgándoos en ellos, como si los tuviésteis presentes. Y de la misma manera, cuando tratáis de la indiferencia, paciencia, mortificación ó conformidad con la voluntad de Dios; porque de esa manera se va poco á poco embebriendo la virtud en el alma, y remitiendo y mitigando la pasión y vicio contrario. Y de esa manera se os hará más fácil la obra después, cuando se os ofrezca la ocasión, como á quien estaba ya prevenido y apercebido para ella, y para eso son los deseos y propósitos de la oración.

Con esto habemos dado muy copiosa y abundante materia, y muy rica y provechosa para detenernos en la oración y meditación de la pasión de Cristo nuestro Señor, y también en los misterios de su vida santísima. Y no podrá decir nadie con razón que no sabe qué hacer, ni en qué entretenerse en ella, pues habemos dicho tantos afectos en que en cada punto nos podemos detener. Á lo cual se añade, que en cada misterio y en cada

afecto de esos, para movernos más á él, podemos considerar y ponderar las cosas siguientes: Lo primero, quién es el que padece. Lo segundo, qué es lo que padece. Lo tercero, el modo con que lo padece: conviene á saber, la paciencia, humildad, mansedumbre y amor con que sufre y abraza aquellos trabajos y afrentas. Lo cuarto, por quién lo padece. Lo quinto, de quién. Lo sexto, el fin por que lo padece, que son unos puntos que comunmente ponen y ponderan aquí los Santos, en que nos podemos detener con mucho provecho. Y aunque no hubiera otra cosa, en solo el postrero afecto de la imitación tenemos materia para toda la vida, lo cual se verá claramente por dos vías. Lo primero, porque podemos discurrir por todas las virtudes; porque de todas tenemos necesidad, y todas las hallaremos allí en Cristo. Lo segundo, porque si en cada virtud vamos discurrendo por los casos particulares que se suelen y pueden ofrecer, y los habemos de dejar todos allanados, y tan allanados, que no solamente los llevemos con paciencia, sino con gozo y alegría, conforme á lo que decimos arriba, tratado 3, cap. 17, tenemos bien en qué entender toda la vida, aun en una sola virtud, cuanto más en tantas: y así digo, que aunque los demás afectos son muy principales, pero este de la imitación es más principal y más necesario que todos; porque contiene el afecto del amor

de Dios y los otros que habemos dicho, y abraza todos los actos de las virtudes. De manera que la imitacion no es un afecto solo, sino un compendio y suma de todos los afectos santos, en que consiste la vida cristiana y la perfeccion de ella. Y así este ha de ser nuestro entretenimiento ordinario en la oracion de la pasion de Cristo y de su vida santísima, y el fruto principal que habemos de procurar sacar de ella, insiendiendo cada uno en la imitacion de aquella virtud de que tiene mas necesidad; deteniéndose, y cavando y ahondando, y actuándose en ella hasta que se le vaya embebiendo, y arraigando y entrañando en el corazon, y se vaya mitigando y apaciguando la pasion y vicio contrario. Y despues pasar á otra virtud, y despues á otra; y esto es mejor y de mas provecho que picar en la oracion en muchas cosas, y pasar ligeramente por ellas.

CAPÍTULO IX.

En que se confirma con algunos ejemplos cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la pasion de Cristo nuestro Redentor.

Silvestro (1) refiere de santa Maria Magdalena, que habiéndose retirado, despues de la ascension de

(1) Silvest. in Rosa aurea, serm. de sancta Maria Magdalene.

Cristo nuestro Redentor, á un áspero desierto donde perseveró por espacio de treinta y dos años, quiso Nuestro Señor enseñarla en qué ejercicio se habia de ocupar en aquella soledad, con que mas le agradase y le fuese mas acepta. Y para eso le envió al principio al arcángel san Miguel con una hermosísima cruz en las manos, la cual puso á la puerta de su cueva, para que teniéndola delante la Santa á todas horas sin poderla perder de vista, tampoco pudiese perder de vista los sagrados misterios que ella representaba y en ella se habian obrado; y así todo el tiempo que estuvo en la soledad meditaba continuamente en estos misterios de la pasion y muerte de su Redentor y Maestro. Esto reveló la Santa á un siervo de Dios, de la Orden de santo Domingo, como mas largamente lo refiere el mismo Silvestro.

Lodulfo Cartujanò (1) cuenta de un siervo de Dios que vivia en soledad con vida muy perfecta y santa, que deseaba mucho servir á Nuestro Señor, y saber en particular qué obras y servicios le eran mas agradables para hacerlos por su amor: pedia al Señor con mucho fervor é instancia se lo manifestase. Y estando una vez en oracion, pidiendo lo que solia, se le apareció Cristo todo llagado, desnudo y temblando, con una pesada cruz sobre sus hombros, y le dijo:

(1) Lodulph. de Saxonia, Cartuj., in vita Christ. in procemio Passion.

Una de las cosas que mas me agradan, y en que mis siervos me harán mayor servicio, es en ayudarme á llevar esta cruz, lo cual harán acompañándome con la consideracion en todas mis penas y trabajos, y sintiéndolos tiernamente en su corazon. Y dichas estas palabras desapareció.

Vincencio, san Antonino y Surio (1), en la vida de san Edmundo, arzobispo de Canturbel en Inglaterra, cuenta que siendo este Santo niño de poca edad, y estudiando en la universidad de Oxonia los principios de gramática, yendo un dia solo por el campo ocupado en santas meditaciones, repentinamente se le apareció el niño Jesús blanco y colorado, como le pinta la esposa, *Cant. v, v. 10*, y dándosele á conocer, y trabajando con él algunas suavísimas pláticas, entre otras cosas le aconsejó y encomendó mucho que de allí adelante pensase todos los dias algun misterio de su vida, pasion y muerte sacratísima; asegurándole que esto le seria de grande ayuda y socorro contra el demonio y sus asechanzas, y eficacísimo remedio para alcanzar y conservarse en toda virtud, y para despues tener una buena y dichosa muerte. Y dicho este tan saludable consejo, desapareció, dejando al niño Edmundo con gran consuelo en su corazon. Y desde entonces

(1) Vincen. in Specul. historic.; Antonin. 3 part. histor. quos refert Surius, tom. 6.

puso diligencias en meditar todos los dias á las noches algun misterio de la vida y pasion de Cristo nuestro Señor. Y de esta meditacion sacaba gran devocion, y no menos provecho y remedio para todas sus cosas.

En la historia de santo Domingo, 1 p., l. 1, c. 61, se escribe de un religioso de aquella sagrada Orden, aleman de nacion, y de mucha virtud y santidad, que desde muy mozo tuvo particularísima devocion á la pasion de Cristo, en la cual solia pensar muy á menudo con gran sentimiento y lágrimas, y reverenciar sus sacratísimas llagas, diciendo á cada una de ellas aquellas palabras de la Iglesia: *Adoramus te Christe, et benedicimus tibi, quia per crucem sanctam tuam redemisti mundum*: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste el mundo. Y diciéndolas, hincaba cinco veces las rodillas en el suelo, rezando cada vez la oracion del Padre nuestro, y suplicando á Dios le diese su santo temor y amor. Y cuán acepta y agradable le fuese esta devocion lo mostró bien en una singular merced y regalo que le hizo estando en oracion, apareciéndosele Cristo nuestro Redentor muy benigno y humano, y convidándole á que llegase sin miedo á gozar de sus llagas: lo cual él hizo con profunda reverencia y humildad, llegando la boca á ellas, y de ello fue tanta la suavidad y dulzura que sintió en su áni-

ma, que de allí adelante todo lo que no era Dios le era amargura y tormento increíble.

Lipomano y Surio (1) cuentan del santo abad Palemon, maestro de san Pacomio, que habiéndole un día de Pascua de Resurreccion aderezado san Pacomio para la comida las hortalizas ordinarias con un poco de aceite y sal por ser el día que era, soliendo los demás días comer solas yerbas con un poco de sal; viéndolas el santo viejo guisadas con aceite, comenzó á llorar y derramar muchas lágrimas, acordándose de la pasión del Señor, y diciendo: *Dominus meus crucifixus est, et ego nunc oleum comedam?* Mi Señor fue puesto en una cruz, ¿y había yo de atreverme á comer aceite? Nunca Dios tal quiera. Le replicó su discípulo Pacomio que era Pascua, y que por serlo se podía permitir aquel regalo; pero por mucha instancia que le hizo á que las probase, no lo pudo acabar con él.

Cuéntase de un cristiano cautivo (2), que era muy devoto de la pasión de Cristo nuestro Redentor, y por la continua memoria que de ella traía andaba siempre

(1) Lipom. et Surius in vita sancti Pacomii mense junii.

(2) Fr. Cantimp. lib. 1 de apibus, c. ultim.

triste y lloroso; viéndole así el tirano á quien servía, preguntábale algunas veces por qué andaba tan triste y no se alegraba con los demás compañeros. Él siempre le respondía que no podía más, porque traía en su corazón impresa la pasión del Señor. Oyendo esta respuesta el tirano, quiso ver si decía verdad, y haciéndole abrir el pecho, y sacar el corazón, hallaron dentro de él una imagen de Cristo nuestro Redentor crucificado perfectísimamente formada, la cual maravilla fue parte para que el tirano se convirtiese á la fe.

Semejante es á esto lo que se cuenta (1) de la santa virgen Clara de Monte Falco, que habiendo sido en su vida muy devota de la pasión de Cristo nuestro Redentor, después de muerta fue hallada en su corazón, á la una parte de él, una imagen de Cristo crucificado con tres clavos, lanza, esponja y caña, todo hecho de la misma carne de la Santa perfectísimamente; y á la otra parte estaban los azotes de cinco ramales, la columna y corona de espinas, la cual maravilla hasta hoy día se muestra en Monte Falco, lugar de Italia.

(1) Part. 3, lib. 4, cap. 22 de la Crónica de san Francisco.

TRATADO OCTAVO.

DE LA SAGRADA COMUNION, Y SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

CAPÍTULO I.

Del beneficio inestimable y amor grande que el Señor nos mostró en instituir este divino Sacramento.

Dos obras nos ha mostrado Dios las más insignes, y que más pasan y atajan los juicios de los hombres que todas cuantas ha hecho, y tan artificiosas, que hablando de ellas Isaías, XII, v. 4, las llama invenciones de Dios: *Notas facite in populis adinventiones ejus.* Obras que parece se puso á pensar en que mostrarse comunicador y derramador de sí mismo. La primera obra fue su Encarnacion, en la cual el Verbo del Padre se juntó y unió con nuestra naturaleza con una trabazon tan trabada, y con un nudo tan apretado y tan junto, que en una persona quedó Dios y el hombre. Nudo ciego á toda la razon del mundo, y á soño él claro: á todos tinieblas y oscuridad, y á solo él luz y claridad. Nudo insoluble, que lo que una vez juntó, nunca jamás se

desatará ni se desató: *Quod semel assumpsit, numquam dimisit.* Dice san Dionisio Areop. c. 4 de div., que el amor es virtud unitiva, que transforma el amante en el amado, y hace de los dos uno. Pues lo que jamás pudo hacer amor alguno que hubiese en la tierra, eso hizo el amor de Dios por el hombre. Jamás se vió, de los cielos abajo, que el amor hiciese verdaderamente uno al que amaba y al amado; de los cielos arriba bien se ve: la misma naturaleza del Padre es la del Hijo, y son uno; pero de los cielos abajo, tal union jamás se hizo. Pues fue tan grande el amor que Dios nuestro Señor tuvo al hombre, que se juntó y unió con el hombre de tal suerte, que de Dios nuestro Señor y del hombre quedó sola una persona, y tan una, que el hombre es verdadero Dios, y Dios es verdadero hombre; y todo lo que es propio de Dios con verdad y con propiedad se dice del hombre. Y por el contrario, lo que es propio del hombre se dice también de Dios. De mane-